LA NOVELA CÓMICA

Francés y Leal.

Lista de Correos

10 cts.

Relación de los números publicados por

"La Novela Cómica"

1 *El amigo Melquiades,* por Carlos Arniches.
2 *El modelo de virtudes,* por Pedro Muñoz Seca.
3 *La familia de la Sole; El porvenir del niño,* por Antonio Casero.
4 *Las pecadoras,* por Antonio Asenjo y Angel Torres del Alamo.
5 *La sobresalienta,* por Jacinto Benavente.
6 *Una pasión y un frac,* por Fernando Luque.
7 *El orgullo de Albacete,* por Paso y Abati.
8 *Lluvia de hijos,* por Federico Reparaz.
9 *La sombra de Otelo,* por José Montero.
10 *La cocina; La afición,* por Antonio Ramos Martín.
11 *El capricho de las damas,* por Asensio Mas, Cadenas y Blasco.
12 *El contrabando; De balcón a balcón,* por Sebastián Alonso y Muñoz Seca.
13 *Serafín el Pinturero,* por Arniches y Renovales.
14 *El Conde de Luxemburgo,* por José Juan Cadenas.
15 *Celia en los infiernos,* por Benito Pérez Galdós.
16 *La pradera de San Isidro; Las castañeras picadas,* por don Ramón de la Cruz.
17 *El amigo Teddy,* por Antonio Palomero.
18 *¿Cuántas, calentitas, cuántas?; ¡Viva el difunto!,* por Tomás Luceño.
19 *Coba fina,* por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
20 *El puñao de rosas,* por Arniches y Asensio Mas.
21 *Aquí hase farta un hombre,* por Jorge y José de la Cueva.
22 *El baile de Luis Alonso; Las mujeres,* por Javier de Burgos.
23 *La nicotina,* por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
24 *La patria chica,* por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
25 *Los granujas,* por Carlos Arniches y José Jackson Veyan.
26 *El asistente del coronel,* por Gonzalo Cantó.
27 *La Cara de Dios,* por Carlos Arniches.
28 *El tambor de Granaderos,* por Emilio S Pastor.
29 *El brillo de los cairelés,* por Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
30 *Los últimos frescos,* por Pedro Pérez Fernández y Fernando Luque.
31 *Las mocitas del barrio,* por Casero y Larrubiera.
32 *La verbena de la Paloma o el Boticario y las chulapas y celos mal reprimidos,* por Ricardo de la Vega.
33 *Bohemios,* por Perrín y Palacios.
34 *Lista de Correos,* por Francés y Leal.

JOSÉ FRANCÉS, Y FEDERICO LEAL

LISTA DE CORREOS

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ACTO ÚNICO

La escena representa el Negociado de la Lista de Correos. La forman dos espacios separados por un tabique con ventana y puerta practicables. El espacio mayor, a la derecha, constituye la parte exterior destinada a las oficinas. Y a la izquierda, la parte más estrecha, destinada a salón para el público. El tabique divisorio estará un poco oblicuo, para que el público pueda ver las operaciones de la ventanilla. La pared de la oficina estará cubierta de casilleros con iniciales y nombres de los meses. Cerca de la ventanilla habrá un casillero horizontal donde se clasifican las cartas que han de entregar al público. Puerta en primer término izquierda, que figura ser la que da entrada al público. Puerta al foro derecha, que da paso a las oficinas restantes. Sobre la ventana o reja de la división habrá un cartel que diga: "Lista de Correos." "Poste restante." Al levantarse el telón estará entornada la puerta de entrada del público y cerrada la puerta y ventanilla de la división. Son las ocho de la mañana de un día de invierno.

ESCENA PRIMERA

RAMITOS, SANCHEZ, IGLESIAS y VILLA. Ramitos sentado, en una vieja silla, a la mesa, lee y fuma. Sánchez, de pie ante la mesa central, hace "cajas" o apartados con cartas que coge de una larga fila de ellas que hay sobre la mesa del foro. Iglesias, carta por carta, las clasifica en el casillero que hay al lado de la ventanilla de la división. Villa, el ordenanza, está dormido.

RAM.—¡Villa! (*Villa da un salto.*) ¿Otra vez? Pero, hombre, ¿usted no duerme en su casa?

VILLA.—(*Medio dormido y asustado.*) Sí, señor.

RAM.—¿Y en la oficina?

VILLA.—Sí, señor... Digo, no, señor...

IGLE.—Villa no sabe que hay un pueblo salvaje donde todos padecen la enfermedad del sueño.

VILLA.—Serán ordenanzas.

SAN.—No, gran Villa, no son más que salvajes todavía.

RAM.—Por algo se empieza.

VILLA.—(*Que sigue medio dormido.*) Sí, señor...

RAM.—Sí, señor, ¿qué?

VILLA.—Nada, eso..., los salvajes, el sueño, la... eso... (*Bosteza.*) con perdón.

RAM.—De nada, ilustre Villa. Prepare usted el café.

VILLA.—Sí, señor. (*Empieza a preparar la cafetera.*) ¿Quinces o veintes, señor Ramitos?

RAM.—Quinces, y le damos uno a don Manuel diciéndole que es un veinte... Porque, ¡chicos!, lo de los papelitos ya lo ha notado.

SAN.—¡Claro! ¿Cómo querías que no lo descubriera? Escribías siempre en los cuatro papeles su nombre y daba la casualidad que siempre le tocaba a él pagar.

RAM.—Pero no me negarás que el mes y medio de café gratis no nos lo levanta ni Aparisi, el cesante, nuestro gran cliente, el campeón de la esgrima callejera. (*Villa le acerca un vaso de café, que saborea pausadamente, alternando con la lectura de los periódicos.*) Además, que contribuíamos a una buena acción; a fuerza de considerarse desgraciado en el noble juego de pagar todos los días el café, pensaba que era afortunado en amores. Manteníamos el fuego sagrado de la ilusión, y la ilusión, amigos míos...

IGLE.—(*Interrumpiéndole.*) Oye, Ramitos, llevamos hechos los dos Nortes, Andalucía, Valencia y Galicia. (*Alterna la palabra bebiendo sorbos de café.*) Y, ¡francamente! No vendría mal que entraras en funciones.

RAM.—(*Sin moverse.*) En seguida, hombre. Ya os he dicho que cuando os canséis me aviséis, ¡y Santas Pascuas! Pero, la verdad, me parece que no habéis tenido tiempo de cansaros todavía, ¿no es verdad, Villa? Pero ¡veis!

TODOS.—¡Villa!

VILLA.—(*Que había vuelto a quedarse dormido, se despierta.*) Sí, señor. (*Iglesias y Sánchez se ríen.*)

SAN.—¡Cuidado que eres fresco!

RAM.—No lo creas. Si yo no me he puesto es por lo de la estadística.

IGLE.—Llevas explotando eso de la estadística así como cerca de un mes.

SAN.—¡Ay! Y pido a Dios que me dure mucho.

SAN.—¡Aquí está la gorda! ¡De Sevilla! (*Mostrando una carta voluminosa.*) Toma, Iglesias... Ya puedes dar algún consuelo a tu simpática amiga la cuatrocientas nueve, que se pone tan triste cuando le dices que no tienes nada para ella.

IGLE.—¡Venga! Y aquí va retrato... (*Encasillando la carta.*) Pero, Ramitos, ¿te mueves o no?

RAM.—¡Qué pelma eres! Ya te he dicho que lo dejes, que voy en seguida. (*Se levanta y deja los periódicos. A Villa, que ha vuelto a dormirse.*) Villa, Villa, deje usted eso que está haciendo y vaya recortando los cupones de los periódicos y no los confunda, que luego me los reclaman mis abonadas. No sé si sabrás, amigo Iglesias, que le guardo los cupones del automóvil a esa chiquilla tan mona que viene por la carta con iniciales..., esa que se anuncia: "Señorita alemana desea casarse con caballero..." Qué, ¿no caes en cuál digo?

IGLE.—En este momento... (*De repente.*) ¡Ah!, sí, la de las cuatro letras.

RAM.—La misma. (*Va a sentarse de nuevo.*)

IGLE.—Pero, Ramitos, ¿es que hoy no piensas tocar una carta? Porque ya tenemos que abrir al público y van a quedar casi todas las de número sin clasificar.

RAM.—(*Entrega los periódicos a Villa, que desaparece con ellos, suponiéndose que va al interior del Negociado a entregarse a la noble tarea de recortar cupones. Ramitos, desperezándose, se acerca a Iglesias con intención de ayudarle.*) Calla, Pepe... Si ahora que caigo, no puedo ayudarte. Tengo, además, que acabar el informe para la Dirección, que lo llevo copiado *tres veces.* (*Se sienta a la mesa y empieza a sacar de un cajón de la mesa varios pliegos de papeles.*)

IGLE.—Es un fresco.

SAN.—¡Pues mira que el otro, Soria!...

IGLE.—Ese es un sentimental.

SAN.—Para el trabajo lo mismo da una cosa que otra. (*Siguen trabajando en silencio.*)

ESCENA II

DICHOS y el HOMBRE MISTERIOSO. Se abre nuevamente la puerta de entrada y asoma la cabeza el Hombre misterioso. Luego entra y tímidamente, mirando a todas partes va hasta la reja, lee el aviso que hay puesto sobre ella y da unos golpecitos; viendo que no lo oyen, llama otra vez.

IGLE.—¿Han llamado ahí?

RAM.—Algún fresco que se ha colado. (*Abre la reja, y cuando el Hombre misterioso va a meter la mano cierra de golpe, cogiéndole los dedos.*) ¡No es hora de oficina! ¡Se abre a las diez! (*El Hombre misterioso, sacudiéndose los dedos, sale con la misma precaución que entró, mirando previamente hacia la calle antes de salir.*)

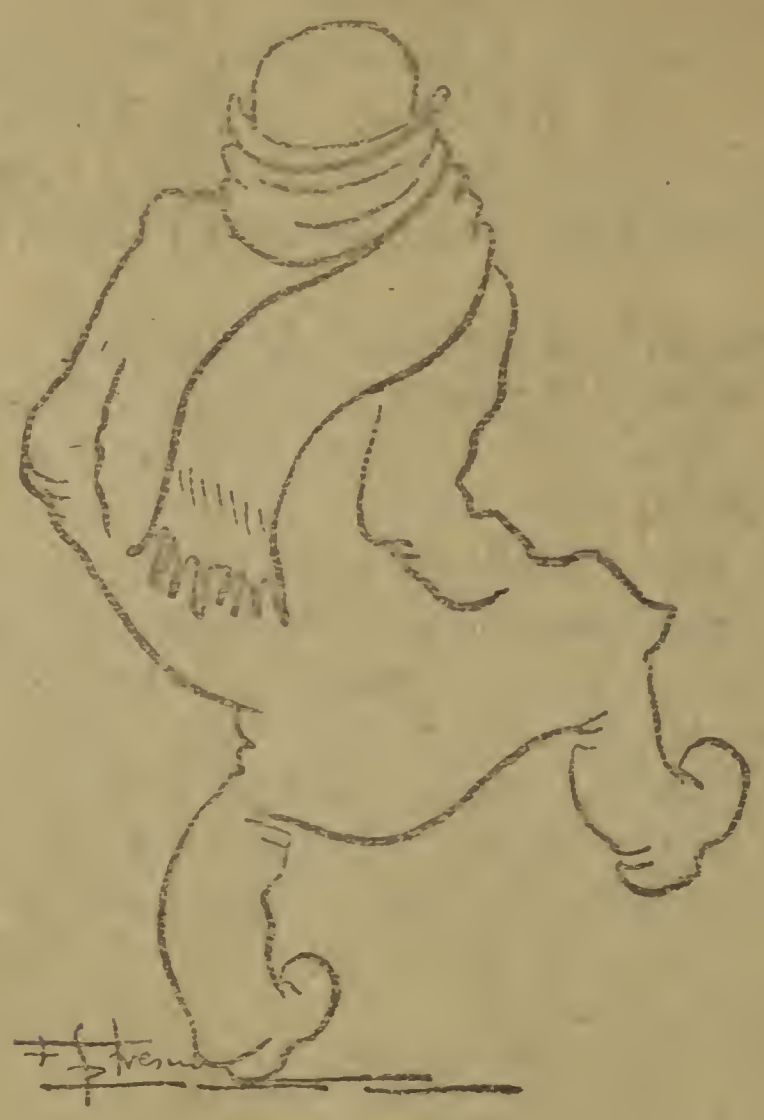
IGLE.—¡Es el colmo, hombre! El mejor día se nos presenta el público de Lista en la cama.

RAM.—Según qué público... ¡Si es femenino!...

SAN.—Ha sido una torpeza de Villa. ¡Villa!

VILLA.—Mande usted.

IGLE.—Esa puerta, hombre. (*Señalando la de entrada.*) Ciérrela usted, que ya se nos coló un camello. (*Sale Villa con un manojo de*



llaves y cierra la puerta. Luego entra nuevamente en la oficina.)

SAN.—¡Hombre! Ya vuelve a tener carta nuestra antigua cliente, Antonia la Morenita, cédula número 22.322. (*A Ramitos.*) ¿Dónde la ponías antes, en la inicial o en el número?

RAM.—En la *eme*.

ESCENA III

DICHOS y DON MANUEL

MAN.—(*Entrando por el foro.*) Buenos días, señores.

SAN.—Buenos días.

IGLE.—Buenos los tenga usted.

RAM.—... enos.

MAN.—(*Se acerca a la mesa donde trabaja Ramitos, abre un cajón y cambia su sombrero por el gorro galoneado.*) Ramitos, ¿cómo va la estadística? ¿Y la reclamación del juez municipal? Es usted insoportable, Ramitos. Me crispa, créame, me crispa.

RAM.—Le diré a usted, don Manuel. La estadística es cuestión de tres días o cuatro. Ya la llevaba tan bien, cuando al repasar las sumas de los días, me encuentro con que en el mes de enero había treinta y ocho partidas en vez de treinta y una. Yo dije que no podía ser un mes tan largo. Debo de haber repetido algún día.

MAN.—¡Ay! ¡Me crispa! ¡Me crispa este hombre!

RAM.—Pero he encontrado una solución.

MAN.—Veamos.

RAM.—Toda la correspondencia que me sobraba en enero la he puesto en agosto, que ya sabe usted que disminuye la Lista con la gente que va a citarse a otras *Postes restantes* de más boga. ¿No le parece a usted que es lo que he debido de hacer?

MAN.—¡Ramitos! ¡Por las once mil vírgenes! No me crispe. Aquí en este caso no se dice he debido *de* hacer, sino he debido hacer. Nunca recuerda usted los tiempos con *de* o *de* obligación. Y sobre todo, es preciso que esa estadística la tenga terminada mañana antes de irnos. Yo no le ayudo a usted, porque ya sabe lo que me marean los números. (*Al ordenanza.*) ¿Hay cartas para el Rey?

VILLA.—Sí, señor.

MAN.—Pues caliénteme el café.

IGLE.—Y que hoy tenemos un gran repuesto. Porque además de la loca que escribe cartas amorosas al Rey, tenemos orden de no cursar las de esa pobre guillada, Tomasa Ibarbangoytiazaguirre, que continúa mandando postales sicalípticas a Maura y a Romanones, para que la den esa escuela que pretende. (*Villa rompe varios pliegos y sobres escritos; los prende fuego y sobre las llamas calienta el café en la cafetera.*)

MAN.—¡Ea! Hay que darse prisa. Ya falta poco para las diez y hay que abrir. Vamos a ver, Ramitos; si por casualidad se pone usted en reja, no me haga ninguna de las suyas. Fíjese; porque con esa cabeza a pájaros nos van a dar un disgusto gordo.

RAM.—¡Pero don Manuel, si ya me fijo!

MAN.—Sí, ya lo veo. Usted me promete siempre fijarse, pero aún no hace cuarenta y ocho horas que confundió usted a un coronel americano con una cupletista.

RAM.—Sí; pero tenga usted en cuenta, don Manuel, que los dos se llaman Ascensión Valle, y además da la casualidad de que los que escriben a los dos jamás ponen sello.

ESCENA IV

DICHOS y FERNANDO SORIA

FER.—(*Entrando por la puerta del foro.*) Buenos días, señores.

RAM.—Hola, chico.

Fresno

MAN.—Buenos, querido Soria.

SAN.—(*A Iglesias.*) El paniaguado.

IGLE.—(*Mirándole con enojo.*) Murguista.

MAN.—Mala cara trae usted, amigo Soria... La vida, la vidita que lleva...

FER.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Qué quiere usted? ¡Hay que vivir!

MAN.—Ese violón le va a usted a matar.

FER.—Violoncelo, don Manuel.

MAN.—Es igual. A mí me suena lo mismo. Se lo he dicho muchas veces: o músico o empleado de Correos. Ya ve, yo en mis mocedades tocaba la ocarina y todos decían que iba a ser un Güañer. ¿No se dice Güañer? Pues ya ve: ahora no me ocupo más que de la Administración y de la cartografía. ¡Oh, la cartografía! Nadie se ocupa de la cartografía en España. Ejemplo: un muchacho de talento e ilustrado como usted, seguramente que no sabría ir solo a Filipinas por la vía del Transiberiano. Vamos a ver. ¿Qué haría usted si tuviera que dirigir un carta para Wladisvostock?

RAM.—Echarla al buzón.

MAN.—Usted trabaje y calle. ¿Vamos a ver, conteste?

FER.—No lo sé, don Manuel... Hoy me duele mucho la cabeza... Déjeme.

SAN.—(*Mirándole de reojo y aparte a Iglesias.*) La cabeza... La Guegué es lo que a ti te duele...

IGLE.—Mira que hace el primo con esa mujer.

SAN.—Calla, hombre. Da asco. (*Un reloj lejano da las diez, Villa, con dos llaves sujetas por una tablita sale por la puerta pequeña, atraviesa el vestíbulo y abre la puerta grande para dar entrada al público.*)

ESCENA V

DICHOS y SEÑORA DISCRETA, el HOMBRE MISTERIOSO, luego el de las BARBAS ROJAS y el del BILLETE

Entran uno detrás de otro y forman cola ante la ventanilla. El Hombre misterioso, que entra detrás de la Señora discreta, al ver que viene detrás el de las Barbas rojas, le cede el sitio; luego al entrar el del Billete hace lo mismo, y como éste le mira un poco asombrado, el Hombre misterioso se azora, quiere disimular y acaba por marcharse otra vez.

SAN.—(*Descorre la cortinilla que cubre la reja.*) ¡Dios nos coja confesados! Vamos a ver qué día nos da este publiquito.

SEÑORA.—(*Muy recelosa.*) Caballero... Usted me dispensará una pregunta, pero me hallo en un conflicto. Yo venía para el billete de tranvía 5.490.908, es un anuncio, ¿sabe?, encargo de una amiga... Yo, la verdad, nunca he venido aquí...

IGLE.—Sí, sí... Hágame el favor del billete.

SEÑORA.—Aquí está; pero el caso es que *El Liberal* ha equivocado uno de los números y claro que no será este número y no me darán las cartas. ¡Dios mío, qué conflicto! (*Sacando del bolsillo un recorte de periódico.*) Mire el anuncio; no es este... este es para contestar yo, es decir, mi amiga... (*Saca otro.*) Aquí está. Vea usted y comprobará la diferencia...

IGLE.—(*Se acerca a Sánchez y lee en voz alta.*) "Señora discreta, viuda, en buena edad, protegería a joven aprovechado a quien pagaría carrera. Es inútil hacer proposiciones si no es aprovechado. Lista de Correos. Billete de tranvía número 6.409.508."

SEÑORA.—Ya ve. Y le repito que es cosa de una amiga mía y por eso es mi apuro. (*Sigue mirando recelosa.*)

IGLE.—Pues el conflicto tiene arreglo. Vaya usted al periódico y pida que en el recibo del anuncio certifiquen la equivocación.

SEÑORA.—¡Qué contrariedad! ¡Bah! Después de todo eso son escrúpulos de usted. Se ve bien claro el error. En vez de cinco millones... seis... Eso no tiene importancia, es una futesa.

IGLE.—¡Señora! ¿A un millón llama usted una futesa?¿ Quién no tiene escrúpulos por un millón?... Haga eso que le digo y en seguida la entregaré las cartas.

SEÑORA.—¡Qué le vamos a hacer! Se lo diré a mi amiga, y un millón, un millón de gracias... (*Sale muy azorada.*)

ESCENA VI

DICHOS y el de las BARBAS ROJAS

IGLE.—Otro.

BARBAS.—*Mr. Canard, ¿s'il vous plait?*

IGLE.—(*Después de mirar rápidamente en las cartas.*) *Pas de tout.*

BARBAS.—*¿Pas de lettres?*

IGLE.—*Pas de lettres.*

BARBAS.—*¿Pas de journaux?*

IGLE.—(*Dando muestras de impaciencia mira en el casillero de los impresos.*) *Pas de journaux.*

BARBAS.—(*Pausa, duda un momento.*) *¿Pas de recomendais?*

IGLE.—(*Cada vez más nervioso mira en el cajón de los certificados.*) *Pas de recomendais.*

BARBAS.—*¿Alors... pas de depeches?*

IGLE.—(*Vuelve a consultar las cartas.*) *Pas de depeches.*

BARBAS.—(*Confidencialmente y en correcto castellano.*) Entonces, ¿me da usted un pitillo?

IGLE.—¡Hombre, vaya usted a paseo!
BARBAS.—(*Al del Billete.*) ¿Me lo da usted, amigo?
BILL.—¿Yo? ¡Vamos, hombre! ¡Menudo fresco!
BARBAS.—Se metió el tiempo en agua. Hoy ni Dios apoquina.

ESCENA VII

DICHOS y el del BILLETE

Mientras llega el del Billete se acerca Sánchez al Jefe y le habla al oído, el Jefe sonríe y le da una palmadita cariñosa en la tripa. Sánchez se pone el abrigo y el sombrero y se marcha por la puerta de la división.

IGLE.—¿Quién sigue?
BILL.—Servidor.
IGLE.—(*A Sanchez.*) ¿Te vas?
SAN.—Sí, chico; le he dicho que era para afeitarme; pero figúrate... ya se imagina que... como... ya ves tú que... (*Todo esto con malicia.*)
IGLE.—Bueno, hombre; que la rubia te sea leve. (*Al del Billete.*) ¿Me hace el favor?
BILL.—Billete de veinticinco pesetas, número 5.732.825.
IGLE.—(*Revisa el casillero y saca un montón de cartas. Va a dárselas pero se contiene.*) A ver el billete, ¿me hace el favor?
(*Don Manuel hace mutis por el foro.*)
BILL.—Hombre, le diré a usted... El billete... Lo he cambiado... Hay días de apuros...
IGLE.—(*Vuelve a meter el paquete de cartas en el casillero.*) Entonces no puedo entregárselas.
BILL.—¡Pero si usted me conoce!
IGLE.—Ya lo creo que le conozco.
BILL.—Soy ese que anuncia negocios seguros manejados por el propio interfecto... Si a mí me han salido dos veces los dientes en Lista. Primero, cuando me trajo mi madre a recibir las cartas de su esposo, que no era mi padre ni era su esposo tampoco, y la segunda, una vez que tuve una bronca con un marido... ¡Ay, joven, entonces era yo como usted, y me anunciaba como novillero joven con facultades para señora extranjera que viviese en el campo... Todo pasa. *Vanita, vanitatum*... Lo que puedas hacer hoy no lo dejes para mañana.
IGLE.—Sí, sí... Enterado.
BILL.—Entonces ¿no me da usted esas cartas?
IGLE.—Ya le he dicho que no. Mientras no me traiga el billete...
BILL.—Echele un galgo al billete.
IGLE.—Haga el favor, que esperan otras personas.

BILL.—Bueno, hombre, bueno. (*Yéndose.*) Habrá que sacar cédula, como los primos. (*Sale, y al salir da un pisotón al Hombre misterioso, que entra.*) Usted disimule.

ESCENA VIII

DICHOS y el HOMBRE MISTERIOSO

(El Hombre misterioso da dos o tres pasos cojeando y quejándose en silencio, mira a la ventanilla, ve que Iglesias está distraído y que entra la señora Paula y se va muy misteriosamente.)

ESCENA IX

DICHOS y la SEÑORA PAULA

IGLE.—(*Viendo que se marcha el Hombre misterioso.*) Vamos, ¿quién sigue? (*Entra Paula por la primera izquierda.*) Buenos días, Paula, ¿cómo va?

PAULA.—Bien, señorito; muchas gracias. ¿Quiere avisar a...? (*Le hace señas a Soria, que está sentado en un sillón, leyendo. Ramitos se supone que está en el interior del Negociado.*)

IGLE.—Sí, ahora mismo... ¡Soria! Aquí tienes a la buena Paula. (*Se separa de la reja, se sienta en la butaca donde estaba Soria, y enciende un pitillo.*) ¡Gracias a Dios!

FER.—¡Hola, Paula!

PAULA.—Dispénseme, señorito. (*Emocionada de alegría.*) ¿No sabe, señorito? He vuelto a tener carta de mi hijo..., de mi Fernando... Mírela..., ¿ve? Las manos me tiemblan de alegría... Siento una cosa en la garganta que me aprieta, me aprieta... ¡Cuánto le molesto, señorito! Va para dos años que me lee todas sus cartas... ¡Las da usted una cosa, las lee de un modo, que vamos!... Oyéndolas leer a otro las cartas de mi hijo me parece que no son de mi hijo... Y usted, no, señorito, usted pone una voz y le da una entonación tan triste a las palabras, que una siente una cosa como si a una la besara el hijo que está lejos de una... ¡Pobrecillo!... Pero usted me comprende..., usted es bueno..., usted también tiene penas, señorito.

FER.—(*Disimulando la emoción.*) Venga, venga, señora Paula. (*Abre la carta.*) "Madre de mi alma..."

PAULA.—Un momento, señorito... Lea despacio... Mire que es la voz de mi hijo la que voy a oir... Y si hay algo malo, no lo salte... Para to tengo el corazón abierto y acostumbrao, pa la pena y pa... (*Limpiándose los ojos.*) las alegrías... Lea, lea, señorito.

FER.—(*Leyendo.*) "Madre de mi alma: No sé cuándo llegará esta carta... La escribo casi en el centro de este país, en un despoblado

que no se cruza en meses y meses, y donde no hay más que alambres separando la tierra... Aun no he podido reunir los doscientos pesos para el pasaje de usted y de Manolita..."

PAULA.—(*Interrumpiéndole.*) Ya ve, el pobre... ¡Si él supiera!...

FER.—"Pero pasan los meses y los años y la miseria mía, lo mismo entre las selvas que en esas enormes ciudades blancas y sin alma, o en estas pampas que no acaban nunca, sin un árbol, sin un poco de amor y de amistad; es mil veces peor que el hambre de allá, en nuestro..." (*Sigue leyendo en voz baja.*)

MAN.—(*Saliendo por el foro.*) Aquí tiene, amigo Iglesias, el borrador del proyecto para la reforma de la Lista. Vamos, son cuatro ideas nada más. Usted, luego, lo adorna un poco... Ya sabe, cuatro lugares comunes. A mí me marea pensar.

IGLE.—Bien, sí; quedamos en que todo el que venga a recoger cartas a Lista tiene que acreditar su personalidad; ahora, que le advierto a usted que como esto cuajara..., ¡adiós, Lista, que te quedas sin gente! Porque vaya usted a acreditar personalidades, aquí donde están ya todas desacreditadas.

MAN.—Yo subo a Secretaría. Ramitos, que se ponga a la reja. ¡Ramitos! ¿Dónde está ese hombre?

RAM.—(*Saliendo del fondo del Negociado.*) Aquí, don Manuel. Descabezando un sueñecito. Usted no sabe lo tarde que se sale del Trianón.

MAN.—¡Ni falta! No me crispe, Ramitos, no me crispe... (*A Iglesias.*) Si viene mi mujer, que he subido a Secretaría y que bajo en seguida. (*Vase por el foro, Ramitos le hace burla por detrás, don Manuel se vuelve de pronto a coger sus papeles y Ramitos disimula. Luego Ramitos se sienta en la butaca y empieza a escribir.*)

PAULA.—(*A Soria, que ha terminado de leer y limpiándose los ojos.*) ¡Dios se lo pague! Ya ve qué pena... El pobrecito, en todas las cartas hablándome de su hermana... Si él supiera, la mataba... Dígame, señorito, ¿dónde dice eso que ayer soñó con su madre y que se creía un niño chiquitito?, ¿dónde es?

FER.—(*Señalando una línea de la carta.*) Aquí... (*Ramitos se levanta y se acerca al grupo.*)

PAULA.—¿Quiere señalarlo con lápiz?... (*Soria traza con el lápiz una línea ancha y corta en el papel. Paula besa el sitio.*) Gracias, muchas gracias, señorito... Y ¿cuánto tiempo hace que no viene mi hija por aquí?

FER.—Ahora viene con más frecuencia que antes de marcharse a París... Desde que volvió de París recibe muchas cartas del interior.

PAULA.—¡Perra, bribona! Y ¿viste con lujo?... Yo la vi hace tres días. Ella no me vió: iba con otra como ella...

RAM.—Sí, la Guegué.

PAULA.—¿Cómo?

RAM.—La Guegué, una argelina que da la hora. Pregúntele al amigo Soria por la Guegué.

FER.—(*Molesto.*) Eres de una impertinencia inaudita. No le haga usted caso...

RAM.—Diga usted que lo tiene chalao.

FER.—¿Callarás?

(*Ramitos se encoge de hombros y se separa riendo. Luego entra en la oficina, le habla al oído a Iglesias, y se va, suponiendo que entra en el interior de la oficina.*)

PAULA.—Perdóneme; yo tengo la culpa...

FER.—No, usted, no: la vida. Ramitos ha dicho la verdad. Es algo más fuerte que yo mismo. Sé que esa mujer romperá mi porvenir y, sin embargo, la quiero como yo no imaginé nunca que se pudiera querer. Ande, váyase, Paula. Déjeme.

(*Entra Gonzalo y se coloca detrás de la Paula.*)

PAULA.—Me da pena, señorito... Usted, tan bueno..., tan formal...

FER.—Bueno, sí... Ande, Paula.

PAULA.—Adiós, señorito. Dios le pague todo lo que hace por mí. (*Mutis.*)

FER.—Bueno; adiós, Paula... Venga... (*Coge la cédula que le tiende Gonzalo, mira en el casillero, saca una carta y se la entrega.*) Ahí va.

ESCENA X

DICHOS y NIÑA TELLEZ y Señorita de compañía.

GON.—(*Va a salir, pero ve entre la gente que se supone que hay fuera en otro vestíbulo alguien que le contraría. Un poco azorado, trata de volver a la ventanilla disimulando.*) ¡Por vida de!...

NINA.—(*Entrando muy resuelta*) No, no te escondas, que te he visto. ¿Qué haces aquí? ¡Ah! "Lista de Correos." Muy bien. ¿Cómo recibes cartas aquí? ¿No tienes ya domicilio?

GON.—Mira, Nina... (*Saludando a demoiselle.*) *Bon jour, medamoiselle.* ¡Qué Lista de Correos ni qué niño muerto, mujer! Lo que estoy buscando es el despacho de los sellos. ¡Qué oficina ésta! Nunca se sabe dónde está nada. ¡Es un escándalo! Yo, si no fuera porque... ¿Ves? Mira. ¡Allí!

NINA.—Conque sellos, ¿eh? Serán para pegarlos en la carta esa que te acaban de dar ahí. (*Irritadísima.*) ¿Lo ves? Me engañas... ¡Y sabe Dios con quién!

GON.—Mira, Nina, comprendo que te atormente la idea de que te engaño; pero que también te preocupe la idea de con quién me parece una curiosidad demasiado peligrosa.

NINA.—Sí, sí, me engañas. Lo sé bien. Todo el que viene aquí es que tiene algún lío... Tú ya no me quieres, sí, no me quieres.

GON.—Sí, mujer. ¿Y tú?

NINA.—Mucho. Dí, ¿no tienes ninguna trapisonda?

GON.—(*Preocupado.*) No, mujer. ¿Y tú?

NINA.—(*Indignada.*) ¡Gonzalo!...

GON.—Perdona, hija... Estaba distraído... Pero ¿qué hacemos aquí? ¿Queréis que os acompañe a la Carrera? Yo almuerzo con un amigo, si no os dedicaría la mañana. (*Impaciente.*) Anda, Ninita... No seas chiquilla... No me parece bien que estemos aquí. Te podía ver alguien.

NINA.—No, señor, yo no me voy de aquí mientras no me enseñes la carta... Mira que llamo a ese empleado y le pregunto.

GON. — No seas ridícula. hijita. ¡Por Dios, vamos! Anda. (*Aparte.*) ¡Estoy viendo llegar a ésa, y entonces, ¡la *débacle!*

NINA.—Bueno. Vamos a comprar el sello: echas la carta y nos vamos de paseo.

GON.—Lo que quieras, nenita. (*Indeciso.*) Voy a ver si... (*Rebuscándose en los bolsillos.*) ¡Nada, no tengo más que ésa! ¡En fin! (*Va a salir él primero y retrocede repentinamente.*) ¡Chits! ¡Quieta! ¡Mira! ¡Tu padre! Y viene aquí. (*Los tres miran hacia la puerta. Luego retroceden y se miran consternados.*)

NINA.—¡Eso es lo peor, Gonzalito! ¿Qué hacemos? ¡Pobre papá! ¡Le va a dar una vergüenza!...

GON.—No te apures. Puede que le dé otra cosa, ¡pero lo que es vergüenza!...

NINA.—¡Qué fresco eres, Gonzalito! Papá es un modelo..., no diré que de esposos, pero lo que es de padres... Ya sabes que hacemos lo que nos da la gana.

GON.—(*Mirando.*) ¡Ea! ¡Valor! Ya sube. Tú no hables nada.

ESCENA XI

DICHOS y el DUQUE DE LA LOSA

DUQUE.—(*Que entra con aire conquistador y tararcando.*) "Y mi boca no se besa, no..." (*Al ver a su hija da un respingo.*) ¡Córdholis! ¿Tú aquí?

NINA.—¿Y tú, papá?

DUQUE.—Bueno, gracias. (*A Gonzalo.*) Pero ¿qué es esto? ¿Tú también? ¡Chico, encantado! ¡Con lo que yo amo a la familia!...

GON.—Es que, ¿sabes, Perico?, Nina tenía que echar una carta y no encontramos dónde echar una carta. (*Mirando a todos lados y particularmente hacia la puerta del vestíbulo.*) ¿Tú sabes?...

DUQUE.—¡Ah! Los sellos..., sí, los sellos. Eso, eso mismo venía bucando.

NINA.—Debe ser allí.

GON.—Sí, allí es. Ven, Perico. Yo te acompañaré.

DUQUE.—No, ¿para qué? Quédate con Nina, y si quieres, dame la carta, yo la echaré.

GON.—Pero si no es molestia. Al contrario.

NINA.—(*Aparte a Gonzalo.*) O le das la carta o creeré que me engañas y todo ha concluído.

GON.—Toma, Perico. Ya que eres tan amable... (*Aparte al Duque.*) No la eches, por Dios. Te suplico que me la devuelvas esta tarde en el Casino. Yo te explicaré...

DUQUE.—(*Que toma la carta sin mirarla.*) Descuida, hombre. ¡No faltaba más! Adiós, pequeña. *Au voir, man'selle.*

NINA.—(*Que al salir con Gonzalo y la señorita de compañía tropieza con Lilí, cocota elegantísima.*) ¡Adiós, papá!

GON.—(¡Lilí!)

DUQUE.—(*Mirando la carta.*) ¡Esta letra!...

NINA.—¿Qué te pasa?

GON.—Nada.

NINA.—¿La conoces?

GON.—No, no... (*Mutis.*)

ESCENA XII

EL DUQUE y LILI

LILI.—(*Sorprendida por segunda vez al ver al Duque.*) Pero ¿es que hoy tenéis consejo de familia? Primero, tu hija; luego, el guaja de tu futuro yerno... Y ahora, tú.

DUQUE.—Ya ves, hija. ¡Cosas de la vida!

LILI.—Realmente, esta oficina debía tener dos puertas: una para entrar y otra para escaparse, ¿verdad, Perico?

DUQUE.—(*Mirando y dando vueltas a la carta de Gonzalo.*) Oye, Lilí, a propósito de campanadas, ¿me quieres decir, si no soy indiscreto, quién ha escrito esta carta?

LILI.—A ver. (*Viéndola.*) ¿Cómo? (*Procurando serenarse.*) Tú sabrás... Ni es para ti ni es para mí... De modo que... Si vieras lo que me ha pasado hoy...

DUQUE.—Lilí, no disimules, porque, vamos, no vas para actriz precisamente. Seamos francos. Por una serie de circunstancias que

F. P. Fresno

no son del caso, Gonzalito me ha hecho depositario de esta carta, que no sé cómo ha llegado a sus manos; pero como la letra es indiscutiblemente tuya, y como va a él dirigida, y como tú supondrás que yo no voy a cometer la felonía de abrirla, espero que me digas con qué motivo te carteas con Gonzalito.

LILI.—¡Qué tontería! ¿De modo que tú, que nunca me has molestado con los celos, ahora vas a dudar de mí?

DUQUE.—¡Hombre, tanto como dudar!... ¡Pero se parece tanto la letra!...

LILI.—Perico, no seas tonto. No me disgustes, que luego sabes que me tienes que contestar. A tu edad, con tu discreción, los celos no están bien. Mira, una idea. Para que no te quepa duda de nada, se me ha ocurrido una idea. Mañana almuerzas conmigo, invitas a Gonzalito, y los dos le exigimos que abra la carta a los postres. Y que nos cuente su aventura.

DUQUE.—¡Magnífico! Lo que no se le ocurra a una mujer...

LILI.—Y para obligarle a ir a mi casa me das la carta á mí... (*Se la quita de la mano.*) y le dices que la tengo yo. ¿Qué te parece?

DUQUE.—Muy bien... (*Salen lentamente.*) ¡Vaya un rato que va a pasar el pobre Gonzalo!

LILI.—¡Figúrate! (*Salen riendo.*)

ESCENA XIII

RAMITOS, IGLESIAS, FERNANDO SORIA y NAVARRO, que ha salido un momento antes.

FER.—Hay gente en reja.

RAM.—Recíbela tú.

FER.—No quiero. Bastante tengo que aguantar de una a tres.

RAM.—(*A Navarro por la reja.*) Usted dirá.

NAV.—Buenos días, señores.

RAM.—Buenos días.

NAV.—¿El jefe del Negociado, me hace el favor?

RAM.—En este momento no está; pero si es algo del servicio yo puedo hacerlo.

NAV.—Yo soy agente de Vigilancia. ¿Quiere usted ver el carnet?

RAM.—(*Con demasiado apresuramiento.*) ¡No faltaba más! ¡Basta su palabra!

NAV.—Vengo a cumplir el servicio de una detención. No sé si tendrán ya conocimiento...

IGLE.—Sí; está aquí la orden.

RAM.—Sí; ya tenemos aviso.

NAV.—Pues bien; usted me hará el favor de indicarme quién es el prójimo en cuanto venga.

RAM.—Desde luego. Póngase ahí cerca, y en cuanto el otro vuelva la espalda, yo se lo señalo y usted lo detiene. ¿Conformes? (*Soria hace mutis.*)

NAV.—Conformes. (*Entra el de la browning, que al ver a Navarro en la reja se detiene, esperando.*)

RAM.—¿Me da usted la nota?

NAV.—Ahí va... (*Dándole un papel.*)

RAM.—¡Anda! Pues si éste es parroquiano. Hay día que viene tres veces.

NAV.—(*Separándose para dejar paso al de la browning.*) Pase, pase usted. Yo soy un amigo del señor.

ESCENA XIV

DICHOS y EL DE LA BRONWING

RAM.—Usted dirá. (*El de la browning le entrega una cédula. Ramitos busca en el casillero y le da una carta. El de la browning saca otra cédula. Ramitos le da dos cartas.*)

BRO.—Al número también.

RAM.—¡Vaya por Dios! (*Busca el número.*) Nada. (*Le devuelve la cédula. El de la browning saca un billete de veinticinco pesetas y le enseña el número. Ramitos ya impaciente, busca y le entrega dos cartas. El de la browning saca una tarjeta postal. Ramitos, cada vez más impaciente, busca.*) ¡Nada! (*El de la browning saca tres billetes del tranvía. Ramitos, nerviosísimamente, busca los tres números y le da otra carta.*) Bueno; ya no habrá más numeritos.

BRO.—Sí, señor. (*Saca una pistola browning.*) Al número.

RAM.—¡Socorro!...

NAV.—(*Sujetándole por el brazo al de la browning.*) ¿Qué va usted a hacer?

IGLE.—(*Acudiendo a Ramitos.*) ¿Pero qué pasa? (*Viendo al de la browning.*) ¡Demonio! (*En este momento entra el Hombre misterioso. Se lleva un susto mayúsculo y sale huyendo como alma que lleva el diablo.*)

BRO.—¡Suélteme usted, hombre!... Es perfectamente lícito... Tengo mi licencia. ¡Suélteme!... (*Navarro le suelta.*) Es al número de la browning, ¿sabe? Haga el favor de mirar...

RAM.—Sí... sí... Pero oscile el documento... (*Temblando y mirando de reojo al individuo, busca entre las cartas y le da un puñado de ellas.*) Tenga. Todo eso es de usted... (*El de la browning*

coge las cartas, se guarda la pistola y hace mutis seguido de Navarro, al cual figura va enseñándole la licencia de la pistola.)

ESCENA XV

RAMITOS e IGLESIAS; luego NAVARRO

RAM.—¡Qué bárbaro! Hoy me da un ataque al corazón...

IGLE.—Y al número de la pistola es al que más le escriben. ¡Cualquiera no contesta a un tío que pregunta de ese modo!

RAM.—¡Quiá! Si yo no he visto siquiera el número, le he dado un puñado de cartas para que se fuera.

IGLE.—¡Pero Ramitos!...

RAM.—Déjame en paz. A un tío así se le entrega hasta el reloj.

NAV.—(*Entrando.*) Lleva todos los documentos en regla. ¡Vaya un susto, amigos! (*Mirando hacia la puerta de entrada.*) Ahora viene un buen punto. ¿Le conoce usted?

RAM.—¡Ah! Sí.

ESCENA XVI

DICHOS y PACO "el Anarquista".

PACO.—Buenos días, señor Ramos. ¡Aquí estamos otra vez! (*Dándole la cédula.*) ¿Quiere usted ver si hay algo?

RAM.—¡Hombre! ¿Ahora traes cédula?

PACO.—¡A ver qué vida! Hay que formalizarse.

RAM—(*Viendo la cédula.*) (¡Azúcar! ¡El 6.004!) (*Busca en el casillero y le da una carta.*) Toma. Chico, esta vez me vas a dispensar si te perjudico. Tengo que presentarte a un señor. (*A Navarro.*) ¡Oiga! Aquí el amigo es el de la cédula 6.004.

NAV.—¡Hombre! Me alegro que sea un conocido.

PACO.—¡Ah! ¡Vamos! El señor es de... ¡Comprendido! Soy con usted en seguida... ¡Adiós, señor Ramos!

RAM.—¡Hombre, yo... mi deber!...

PACO.—Vamos. ¿Se quié usté callar?... Esto no tié importancia. Dentro de tres horas viendo pasar hembras por mitá de la Puerta del Sol. Me sé el Código de memoria. Conque... ¡hasta mañana!

NAV.—Buenos días, señores.

RAM.—Adiós... Ya sabe dónde estamos...

IGLE.—Vaya usted con Dios.

ESCENA XVII

IGLESIAS y RAMITOS

RAM.—No hay cuidado. Mañana está en la calle.

IGLE.—Claro. No perdemos el parroquiano. Para ese como para otros cientos de ciudadanos está hecha la Lista de Correos. ¿Qué sería de ellos si no? Esto es como la Bolsa, donde se cotizan todas las acciones que empiezan a espaldas del nombre y del domicilio y concluyen de espaldas a todas las leyes divinas y humanas.

RAM.—¡Mira que si hablara ese casillero! ¡Madrid entero se echaba a temblar!

IGLE.—Como que ya quisiera tenerlo el Jefe superior de Policía. (*Se dirige a la puerta del foro.*)

RAM.—¿Te vas?

IGLE.—Vuelvo en seguida.

RAM.—Pues llama a Soria para que entre en funciones.

IGLE.—(*Llamando.*) ¡Soria! (*Hace mutis llamando. Sale Soria.*)

ESCENA XVIII

DICHOS y la GUEGUE

GEOR.—¿Tengo carta?

FER.—(*Se pone a la reja y Ramitos hace mutis.*) ¡Oh, Georgette!

GEOR.—Puntual, ¿no?

FER.—(*Consultando el reloj.*) Puntual... (*Pausa. Se quedan mirándose el uno al otro hasta que los dos al mismo tiempo bajan la vista.*)

GEOR.—Ya hoy...

FER.—¿Qué?

GEOR.—Sí... vamos... el último día... (*Soria no contesta e inclina más la cabeza sobre el pecho.*) ¿Lo siente usted?

FER.—¿Y me lo pregunta? No sé qué haré mañana y pasado... y ya siempre.

GEOR.—La verdad es que nos habíamos acostumbrado a esta charla todas las tardes... Pero yo volveré... La vida errante tiene eso, que para nosotros los que vamos de un extremo a otro de la tierra acaba por no existir la acción del tiempo ni la distancia... "El mundo es pequeño", como dicen los yanquis... ¿Quién sabe? Tal vez cuando yo vuelva siga usted aquí y tal vez esta charla tan

agradable, tan sincera, tan llena de curiosidad, la tendrá usted con otra mujer.

FER.—Será difícil, Georgette. Esta ventanilla es peligrosa. Enseña la inquietud de los horizontes, el deseo de las cosas lejanas y presentidas. A fuerza de ver cómo se asoman a ella todas las almas viajeras de todo el mundo, parece que le duelen a uno los hombros, como si también le fueran a nacer alas...

GEOR.—Romanticismo, Fernando...

FER.—(*Encogiéndose de hombros.*) Será eso; pero yo sueño como siendo niño, en viajes heroicos y aventureros, en palacios de cuento brujo. No, decididamente cuando usted vuelva yo ya no estaré aquí.

GEOR.—Es cierto... Una vez me habló usted de una peregrinación fantástica, en busca de la felicidad, ¿no?

FER.—He desisitido. La tengo miedo. (*Georgette ríe.*) No; no se ría usted. Miedo, sí... Miedo a la felicidad. El miedo de los niños ante la primera comunión. No se ría usted, se lo ruego.

GEOR.—Si no me río de usted. Es de su fuego, de la impetuosidad con que lo dice. (*Pausa.*) ¿Se ha incomodado usted conmigo?

FER.—Yo no puedo incomodarme con usted.

GEOR.—Haría usted mal. (*Pausa. Georgette siente frío y se abriga con las pieles.*) Hace frío... ¿verdad? O será la despedida. Siempre que se rompe una costumbre, nos duele.

FER.—Es que esto era más que una costumbre... Al menos para mí. (*Pausa. Mirando a Georgette.*) ¿En qué piensa usted?

GEOR.—En que es curioso. Todo el mundo celebra como un encanto mi risa y a usted le molesta.

FER.—Es que yo quisiera otro sentimiento menos... *colectivo.* Que hiciera usted conmigo una distinción y no me otorgara la risa que a todo el mundo.

GEOR.—Me juzga usted mal, amigo mío. Para los demás mi risa es de indiferencia. Para usted significa deseos de ocultar algo.

FER.—¿Ocultar algo?

GEOR.—Sí, mi cansancio interior. (*Pausa.*) ¡Ea! La comedia es finita.

FER.—¿Quién habla de comedias? Es la vida misma la que yo la ofrezco.

GEOR.—¿Vida loca?

FER.—Loca o cuerda. Igual da. Vida al fin.

GEOR.—¿Quiere usted ver si?...

FER.—¿Por qué no? Es horrible. Yo mismo entregarle la carta donde la llaman a usted lejos de mí... (*Mete la mano en un departamento del casillero y saca una carta que la da.*) Ahí tiene. Estaba apartada.

GEOR.—(*Con pena.*) Perdóneme...

FER.—¿Por qué? Está usted en su derecho... Yo cumplo con mi obligación... Todo esto ha sido un sueño... abra, ábrala...

GEOR.—(*Abre la carta y saca un puñado de billetes.*) ¿Lo ve? Lo inevitable. Mañana a estas horas estaré muy lejos de Madrid... No me guarde rencor por ello. Mujeres no le faltarán. Piense que en este momento, apartándome de su camino, le doy la más alta prueba de leltad y de bondad... (*Tendiéndole la mano.*) ¿Amigos?

FER.—Lo que usted quiera, Georgette...

GEOR.—Que sea usted muy feliz, Fernando... (*Soria se encoge de hombros.*) Lo será usted. Merece serlo... Adiós, Fernando. (*Hace mutis y Soria se queda apoyado en la ventanilla como si estuviera durmiendo.*)

ESCENA XIX

DICHO y RAMITOS que entra por el foro. Luego DOÑA JULIA

RAM.—Durmiendo la siesta, ¿eh?

FER.—Sí, permíteme un momento. (*Saliendo.*) A los pies de usted, doña Julia.

JULIA.—(*Entrando por el foro.*) Buenos días, Soria. ¿Qué le pasa a Soria?

RAM.—Que está chiflado.

JULIA.—¿Con la música? ¡La verdad es, que toca muy bien el violín ese muchacho.

RAM.—El violoncelo, señora.

JULIA.—¡Ah! ¡Sí, es verdad! Como suena lo mismo.

RAM.—(¡Qué oído tiene este matrimonio!)

JULIA.—¿Y mi marido?

RAM.—¿Don Manuel? En Secretaría. ¿Voy a avisarle?

JULIA.—No. (*Pausa.*)

RAM.—¡Vaya, vaya! Buen día, ¿eh?

JULIA.—Sí... ¿Estamos solos, Ramitos?

RAM.—(*Extrañado.*) Sí, señora, ¿por qué?

JULIA.—Se trata de un asunto muy delicado...

RAM.—Usted dirá.

JULIA.—Ya supondrá usted que le hablo de mi marido. Vamos a ver, ¿usted le ha notado algo?

RAM.—No.

JULIA.—Vamos, si ha cambiado en algo.

RAM.—No, señora... Sigue tan... gramático como siempre.

JULIA.—Yo me refiero a un cambio moral, mejor dicho, inmo-

ral. Vamos a ver, Ramitos, ¿usted conoce bien a todas las que vienen a Lista?

RAM.—Le diré a usted. A muchas de ellas no las conoce ni su madre. Pero vamos, por fuera sí las conozco a todas.

JULIA.—Me basta con eso.

RAM.—A mí no.

JULIA.—De modo que si yo le enseñara a usted un retrato de mujer sabría usted decirme si es de las que vienen aquí.

RAM.—Sí, señora.

JULIA.—(*Abriendo el bolso de mano y sacando una tarjeta postal.*) ¿Conoce usted a ésta?

RAM.—(¡Arrea!) ¡Ya lo creo!... No, pues no. No la conozco.

JULIA.—(*Escamada.*) Ha dicho usted ¡ya lo creo!

RAM.—No, es que se da un aire a otra que viene aquí en esto, en el escote, ¿sabe?, pero esta, esta... ¡Quiá! Desconocida en absoluto. ¡Y es guapa la chiquilla!

JULIA.—Calle usted por Dios. Toda huesos. ¿Dónde tendrá usted los ojos? Que me vistieran a mí con ese traje y vería usted. Lo que pasa es que a ustedes los hombres le vuelven locos las tías estas; pero en el fondo valemos más mujeres, vamos, así, como yo.

RAM.—¿Quién lo duda?

JULIA.—Mi marido se ha vuelto muy enamorado y el mejor dia se va a encontrar con el traslado a Fernando Póo. ¿Allí no habrá Lista de Correos?

RAM.—No sé, señora.

JULIA.—Crea usted que no aguanto más, Ramitos, no aguanto más. Mi marido ya no es mi marido; se acuesta y se levanta de un humor de todos los demonios, no hay medio de entenderse con él como en otros tiempos. Luego usted no sabe los libros que lee, dice que yo no los puedo leer. Se retira a las dos y a las tres de la madrugada... Y la otra noche se acostó cantando el "Tápame, tápame". Y yo estoy dispuesta a que esta situación no continúe; esa ventanilla es un peligro para ustedes.

RAM.—No lo sabe usted muy bien, señora.

JULIA.—Me lo figuro. Y todavía ustedes los jóvenes soleros menos mal; pero él, a sus años, porque vamos a ver, ¿cuántos años cree usted que tiene mi marido?

RAM.—No lo sé, señora. Don Manuel es la única persona que no enseña aquí la cédula.

JULIA.—Pues va a cumplir cincuenta y nueve. ¡Es bochornoso!

RAM.—Sin embargo, doña Julia, yo le aseguro a usted que don Manuel es un hombre correctísimo, incapaz de mirar a una mujer a la cara.

JULIA.—Las mirará a otro sitio. ¡Ay! Usted perdone. No sé lo

que me digo... No le defienda usted, Ramitos, no le defienda usted... Es un sinvergüenza...

ESCENA XX

DICHOS, DON MANUEL y FERNANDO SORIA, luego una INDIVIDUA y el HOMBRE MISTERIOSO

MAN.—(*Saliendo por el foro muy amable.*) Hola, hijita, ¿qué te trae por aquí?

JULIA.—Ya te lo diré.

MAN.—Vaya, mujer. Tú dirás, ¿ocurre algo en casa?

JULIA.—(*Muy nerviosa.*) En casa, no. Aquí. Vengo a que pidas tu traslado. (*Enseñándole la tarjeta.*) Mira.

MAN.—(*Asustado.*) ¡Ramitos! Ya se puede usted marchar: son las doce... Soria, póngase usted en reja.

(*Ramitos se marcha por el foro y quedan en escena solamente Soria, doña Julia y don Manuel.*)

RAM.—Vaya, a los pies de usted, señora.

JULIA.—Adiós, Ramitos.

RAM.—Hasta mañana, don Manuel. (*Mutis.*)

MAN.—¡Si Dios quiere! (*A su mujer.*) ¡Me pones en ridículo! ¿A qué viene hablar de traslados, de...? (*Doña Julia, por toda contestación, le pone la tarjeta delante de las narices.*) Bueno, sí, ¿qué? Una postal que he comprado para felicitar a un amigo. ¡Me parece que tengo derecho a felicitar a los amigos!

JULIA.—Y ¿cómo se llama tu amigo?

MAN.—Es por el ascenso a jefe de Negociado, ¿sabes?

JULIA.—Mira, Manuel, no te canses. En esta oficina no sigues ni un día más. Esta tarde mismo pides el traslado. (*Entra la individua.*) ¡Parece mentira a tus años! ¡Claro! Y esta será la retención judicial que dices te pusieron hace tres meses. Para comprarle trajes de turca a esta sinvergüenza. (*Señalando la tarjeta.*)

MAN.—Fíjate, mujer... Eso es un traje griego...

JULIA.—Lo mismo da o peor... Más desnuda todavía.

MAN.—¡Chist! Que hay gente en reja...

JULIA.—(*Mirando a la reja.*) Una bribona. Vendrá a preguntar por ti, como si lo viera. (*Siguen disputando en voz baja.*)

FER.—(*A la individua.*) Ya le he dicho a usted que no tenemos nosotros la culpa.

IND.—¿Cómo que no? ¿De modo que vengo seis días a preguntar si hay carta, me dicen que no, y al cabo de los días me entregan una con la fecha de diez días antes? Pues, hijo, tendrá la culpa Ortuño.

FER.—Ortuño, tampoco.

IND.—Pues esto no queda así.

FER.—Como usted quiera.

IND.—¡A ver! ¿Dónde está el jefe?

FER.—¿Quiere usted hablar con él?

IND.—Sí, señor. Ahora mismo.

FER.—(*Dirigiéndose a don Manuel.*) Don Manuel, ahí hay una individua que pregunta por usted.

MAN. y JULIA.—¿Eh? (*Antes de que puedan contener a doña Julia, se planta en la ventanilla.*) Y usted, ¿qué tiene que ver con mi marido, so pingo?

IND.—¡Oiga usted, señora! ¿Qué es eso de pingo? El pingo lo será usted.

MAN.—¡Julia, por Dios! ¿Qué desea usted, señora?

JULIA.—(*Separando a su marido.*) ¡Quítate, quítate, no disimules!

MAN.—Pero ¡Julia, Julia, no me crispes!

FER.—Pero ¡doña Julia!...

IND.—¡Ay, qué gracia! ¿Han comprao ustedes perro?...

JULIA.—¡Descarada..., bribona!

IND.—¡Ahora que me fijo: es que han cambiao de ordenanza!... ¡Vaya con la señora! ¿Le da a usted eso muchas veces? ¡Podía impresionar películas! ¡Ja, ja!...

MAN.—¡Oiga usted! A mi señora no se la falta.

FER.—Vamos, doña Julia, que no hay motivo para esto.

IND.—Vaya, aliviarse..., y a Leganés, a Leganés con ella, que son los aires frescos... ¡Rediez con la señora..., que parece un sarcófago! (*Hace mutis riéndose.*)

MAN.—¡Sarcófago! ¿Ha dicho sarcófago?

FER.—Sarcófago ha dicho. Ahora, que no sé lo que habrá querido decir.

(*Cierra de golpe la ventanilla. Entra el Hombre misterioso con las mismas precauciones de siempre. Ya decidido, se acerca a la ventanilla y, al ver que está cerrada, hace un gesto de cómica desesperación y se va.*)

MAN.—¡Ay, amigo Soria: esta mujer me pierde!

JULIA.—(*Furiosa.*) ¡Ah! ¿Confiesas?

MAN.—¡No me crispes, Julia, no me crispes! Al decir *esta* mujer me refería a ti. Yo no confundo nunca los pronombres ni los adjetivos demostrativos.

FER.—Aquí no ha habido más que un lamentable error por parte de usted, doña Julia.

JULIA.—¿Cómo por parte mía?

FER.—Sí, señora. Esa mujer...

MAN.—¿Lo ves? Esa..., esa...

JULIA.—Sí, ya lo oigo. ¿Qué?

FER.—Esa mujer venía a hacer una reclamación del servicio.

JULIA.—¿De qué servicio?

MAN.—¡Ay! ¡Me crispa, me crispa! ¡Vámonos, hija, vámonos, porque si no, voy a perder la cabeza, el destino y todo!

JULIA.—¡Ojalá!

FER.—Vaya usted con Dios, doña Julia, y conste que no tiene usted razón.

MAN.—¡Qué ha de tener, hombre! De esta hecha, ¡al Golfo de Guinea! (*Al público.*)

Público amigo y señor,
ya que has pasado revista
a los engaños de amor
de la gente de la Lista,
otórganos tus favores,
y si el sainete te agrada
no niegues una palmada
a la obra y a los autores.

TELON

CÁNDIDO ALONSO Y COMPAÑÍA
Ronda de Atocha, 15.
Madrid.—Teléfono 809.

NUESTRO CONCURSO DE CARTELES

Nuestros lectores estarán enterados, por la Prensa diaria, del éxito de este nuestro concurso. El público ha invadido el local—Galería de Arte—para ver los muchos carteles presentados: 156, entre los que figuran más de 50 verdaderamente admirables.

LA NOVELA COMICA queda muy reconocida a los artistas que han acudido a su llamamiento, lamentando muy de veras que su esfuerzo no corresponda a los muchos merecimientos de los pintores concursantes.

El Jurado, formado por artistas tan insignes como Romero de Torres, Pinazo Martínez, Capuz, Francés y Fresno, ha terminado su muy difícil labor—por las varias obras notabilísimas sometidas a su fallo—, remitiéndonos la siguiente

ACTA

Reunidos en Madrid, a 9 de mayo de 1917, los abajo firmantes, honrados por la Empresa de LA NOVELA COMICA con el cargo de jurados, para fallar en el Concurso de carteles organizado por esta publicación, hacen constar lo siguiente:

1.º Que, examinados minuciosamente los 156 carteles presentados en el Concurso y que demuestran, en su mayoría, hasta qué punto el arte del cartel va arraigando entre nuestros dibujantes, decidieron otorgar el premio de 1.000 pesetas al señalado con el lema *Resurrex,* que se ajusta por completo a la condición imprescindible de obra humorística exigida en la primera de las bases, y conceder el segundo premio, de 500 pesetas, al señalado con el lema *X, bufón,* que sigue en méritos al anterior.

2.º Que, abiertas las plicas correspondientes, resultan ser autores de los mencionados carteles *D. Federico Ribas* y *D. Rafael de Penagos,* respectivamente.

3.º Los abajo firmantes, teniendo en cuenta otra de las bases de

la convocatoria, que les facultaba para recomendar la adquisición de otros carteles que, a juicio suyo, lo merecieran, se complacen, muy gustosos, en recomendar a la Empresa de LA NOVELA COMICA los señalados con los lemas: "Piti", "K. Y.", "Cosquillas", "Bufón", "Arlequín", "Sol-Chamberí-Montmartre", "Brune" y "Bufa", y cuyos nombres de autores respectivos deberán ser ignorados hasta que el público anuncio de este fallo les decida a mostrar o no su asentimiento.

Pinazo Martínez, J. Romero de Torres, José Capuz, José Francés, F. G. Fresno.

* * *

LA NOVELA COMICA no encuentra frases con que demostrar su gratitud al Jurado, que ha puesto toda su enorme competencia, su interés y su rectitud al servicio de LA NOVELA COMICA y de los concursantes.

* * *

A continuación reproducimos algunas opiniones de la Prensa.

Del *Heraldo* del día 5 del corriente:

"Anoche se inauguró en la Galería de Arte, plaza de San Miguel, 8, una interesante Exposición de carteles.

LA NOVELA COMICA organizó este certamen, del que bien puede vanagloriarse, por la cantidad y la calidad de las obras que los artistas españoles han enviado.

El Jurado otorgará un premio de 1.000 pesetas y otro de 500 a los señores que se lo merezcan, cuatro días después de abierta al público la Exposición, y allí están, para llevárselo desahogadamente, algunos luchadores, entre ellos, con grandes ventajas los siguientes:

"X, bufón" es el lema, y el cartel está elegido en la tonalidad roja, entera, sin preocupación del rotulado; su asunto es original y representa un bufón que contempla un libro que vuela o que ha tirado al aire.

Este cartel tiene gran parentesco con el del segundo premio del último baile de máscaras del Círculo de Bellas Artes.

"Piti" es otro cartel muy sencillo y muy bien dibujado, con figuras en el fondo que marchan leyendo, y en primer término la silueta esbelta de una muchacha que va leyendo también. Esta obra es muy fina de líneas y de tintas.

"Resurrex" es una nota cómica formidable. Un muerto con luces y tres tipos graciosísimos que lo contemplan; éste es el asunto, desarrollado con verdadero acierto de líneas y color.

Después viene un cartelista original, que tiene tres obras excelentes, muy bien hechas de técnica. Se titulan "Duth", "Verde" y "Sol-Chamberí-Montmartre". Esta última es muy cómica, pues hasta los conejos escuchan lo que lee aquella pareja de burgueses tan salada.

En esta misma sala hay otros carteles de mérito, entre ellos el titulado "De primera", que es original. "Calendario" es otro raro, que tiene muy cuidada la rotulación. "Ja, ja" y "Trebulet" hacen pareja y son graciosísimos.

En la sala de entrada de la Exposición se distinguen los señalados con los lemas "Ensimismado", "Cavaradosi", en rojo y negro, y "Thon", un bufón vestido de verde que ofrece la NOVELA a una muchachita candorosa. Merecen también alabanzas los carteles con los lemas "Abril", "Ares" y "Cónsul".

En las salas tercera y cuarta, donde abundan los desaprensivos que no temen a la crítica ni a la hilaridad del público, hemos visto algunos carteles muy recomendables, entre ellos los titulados "Mi Magda", "Rosa" y "Roser".

Juzgada en conjunto la Exposición de carteles de LA NOVELA COMICA, resulta superior a todas las celebradas en Madrid de algún tiempo a esta parte. Los artistas que se dedican a la especialidad van afinando la puntería, sobre todo como coloristas, en el casado de las tintas y en la vibración de tonalidades.

Bien que se alegrará de todo esto el alma de aquel buen poeta

dramático Cosme de Oviedo, antecesor inmediato de Cervantes, que fué el primero que en España hizo uso del cartel para anuncio de los teatros. Pero entonces la cartelería estaba muy lejos de ser lo qué en la actualidad representa, y su forma rudimentaria le colocaba en la imposibilidad de contener los detalles que los artistas ofrecen al público en nuestros días, en que las condiciones artísticas del cartel son las mismas de toda obra pictórica, aumentada con la dificultad de la técnica y sus variantes.

De seis a ocho y media de la tarde queda abierta al público la interesante Exposición, que ha de dar que hacer al Jurado y que ofrece risa y arte para todos.—*J. B. C.*"

* * *

De *La Mañana* del día 6:

"*Concurso de carteles.*—En la Galería general de Arte se ha abierto una interesante Exposición, digna de ser visitada.

Trátase de los proyectos de carteles presentados al concurso que LA NOVELA COMICA ha abierto para anunciar dicha publicación.

No podrá quejarse este periódico. El concurso ha sido un gran éxito, y nos complacemos en hacerlo constar así.

Claramente se observa que han concurrido los mejores dibujantes, con el propósito firmísimo de hacer arte.

La Exposición es de lo más variada que puede darse. Junto a la nota cómica, bufa, mejor dicho, está la delicada y la simplemente decorativa; junto al rasgo de ingenio, la huella del buen gusto. La Empresa editora del indicado periódico tiene dónde elegir a su sabor, y el Jurado que se encargue de juzgar se verá en un aprieto para designar el mejor proyecto. Claro que muchos de éstos son inadmisibles, por lo inadecuados unos y por lo estúpidos otros. ¡Concurre tanta gente a los concursos y hay tanto engañado y tanto estrafalario por esos mundos del Arte! Por eso se destacan los de verdadero mérito, que no escasean.

Para nuestro gusto, nos veríamos apurados si nos exigieran escoger entre los proyectos que llevan los lemas siguientes: "Pili", "Sol-Chamberí-Montmartre", "Bufón", "Vieja verde", "Cosquillas", "Ares" y "Cónsul". Los siete son preciosos. Las manos que los trazaran son manos maestras.

Nuestra enhorabuena.—*A. Ballesteros de Martos.*"

* * *

De *La Correspondencia de España* del día 8:

"*Exposición de carteles.*—Actualmente se exponen al público las obras de los artistas españoles que han acudido a la convocatoria hecha por LA NOVELA CÓMICA, que ofreció un premio de 1.000 pesetas y otro de 500 para los dos mejores bocetos de carteles que sirviesen de anuncio para dicha publicación.

La interesante serie de carteles concursantes puede verlos el público aficionado en la Galería de Arte, plaza de San Miguel, número 8, en donde se ofrece a la consideración de los inteligentes una demostración de que para nuestros artistas el tiempo no pasa en balde, y que cada vez toma entre ellos más carta de naturaleza este sector del arte pictórico, que requiere una gran simplicidad de colorido, al propio tiempo que un acierto para elegir el asunto y su desarrollo en tonalidades que se compenetren.

"Thon" es un lindo cartel, estando muy acertadamente las figurillas del diablo y de la muchacha, a la que brinda, sin duda para tentarla, con un número de la publicación anunciada.

Muy dignos de mención los carteles que llevan los lemas de "Sol-Chamberí-Montmartre", "Duth" y "Verde", especialmente el primero, y verdaderamente acertado "Resurrex", así como "X, bufón", original y bien entonado.

Hay otros muchos carteles dignos de detallarse; pero la necesidad de reducirnos nos obliga a no hacerlo, señalando el éxito obtenido por la Exposición y el trabajo verdaderamente comprometido que le espera al Jurado.—*G. M.*"

3 0112 117456068

La Novela Cómica

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publicará los domingos una novela o una obra teatral de éxito extraordinario.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Semestre.....	Ptas. 3,00	Semestre.....	Ptas. 6,00
Año.....	» 6,00	Año.....	» 12,00

Más de medio siglo de uso.- Universal en bebida y baño.

LOECHES

Agua mineral natural.- Purgante. - Depurativa.

Jardines, 15 — "LA MARGARITA,, — Madrid.

Palacio Hotel de Ventas

Muebles para despachos; comedores, alcobas, gabinetes, salas, en todos los estilos; alfombras, tapices, aparatos de luz eléctrica, porcelanas de Talavera y Manises, juguetes para los niños.

40 amplios salones.—34, Atocha, 34.—Teléfono 860.—Entrada libre.

SOJÁIL

LA BELLEZA POR LA HIGIENE

Para obtener y conservar una espléndida cabellera usad **Higiene del cabello SOJÁIL.** Hace nacer y crecer el pelo, favorece su desarrollo, evita su caída y limpia de caspa la cabeza. *Venta:* en todas las buenas perfumerías. Por mayor, Martín y Durán, J. Pérez Martín y Compañía.

TAPAS para encuadernar los números publicados por

LA NOVELA CÓMICA

desde el número 1.° hasta fin del año próximo pasado.

Precio: 1,50 pesetas

Los suscriptores y coleccionistas, como asimismo los corresponsales, deberán dirigir sus pedidos a

APARTADO DE CORREOS 648

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de LA PAPELERA ESPAÑOLA